el reverso de la mano, el sitio en que naturales ó postizas, debía de tener las suyas.

Jacobo nada decía, y comenzando el viejo á notar su preocupación, indicóle bonitamente que el almuerzo terminaba, y le estaba ya estorbando.

—Pues creo que pondremos al fin la *Kerrmesse* en el Rreal—dijo.—Ahorra mismo voy á casa de Currra, parra que decidamos... ¿Cómo no has almorrzado tú allí hoy?...

Jacobo arrojó la servilleta hecha un lío encima de la mesa, y dijo gravemente mirando al tío Frasquito:

—Porque necesitaba hablarte.

—¡Ya!—exclamó el viejo.

Y abrió palmo y medio de boca y púsose muy azorado, porque desde aquella noche fatal en que descubrió Jacobo en el Grand-Hôtel el secreto de su peluca y de sus dientes, mirábale y temíale con ese temeroso recelo que inspira siempre la persona que puede perder nuestra reputación ó nuestra fortuna, con solo dar suelta un poquito á la lengua. No le deseaba la muerte; pero hubiérale visto con gusto descender á la tumba, con tal que se llevase á ella el secreto. Jacobo preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella noche en que se te quemó el gorro de dormir en el Gran-Hôtel?...

Alborotóse el tío Frasquito pensando, ¡ciertos son los toros! é inmutado, y nervioso, y lleno de sobresalto, comenzó á mirar á los criados, diciendo por lo bajo:

—¡Calla, hombre, calla!... En el *boudoir* tomarremos el café, y allí nadie vendrá á incomodarnos.

Porque el tío Frasquito tenía también su *boudoir;* un verdadero *boudoir* de dama elegante, atestado de todas esas chucherías que llaman los franceses *bibelots*, y han venido á sustituir en los palacios modernos á las antiguas obras de arte. No faltaban allí sin embargo éstas, y era la más

notable el retrato de un caballero, tipo de arrogancia y varonil hermosura, pintado por Van Dyck en Inglaterra, al mismo tiempo que aquel otro famoso de Carlos I, imagen admirable en que se refleja junto al orgullo del monarca, una especie de adivinación de su trágica desventura. Era aquel personaje el quinto Duque de Aldama, embajador en Londres de Felipe IV, y era el tío Frasquito hijo tercero del vigésimo Duque del mismo nombre. Al pie del retrato había colgadas una daga y una espada de gavilanes, de exquisita labor y gran precio, que había pertenecido al personaje. Frente por frente, en muy buena luz colocado, había un pulido bastidor de caoba, en que el tío Frasquito, nieto en el siglo XIX del prócer del siglo XVII, bordaba en tapicería unas preciosas babuchas.

Sirvieron el café, Jacobo habíase dejado caer negligentemente en una butaca, con la pierna derecha echada por encima del brazo de ésta, y puéstose á fumar el exquisito cigarro puro que le ofreció el tío Frasquito. Éste sacó con mucho misterio una preciosa tabaquera de oro, guarnecida de brillantes, con el retrato de la reina María Luisa en la tapa, y tomó un polvo de rapé haciendo mohines picarescos.

—Es mi vicio—decía—nadie lo sabe; un secreto... *Péché cachè, est tout á fait pardonné.*

Y estornudó por tres veces haciendo figuras y monadas con que creía apartar de la mente de Jacobo la maldita idea del gorro quemado; mas éste no bien salieron los criados, después de servir el legítimo ron de Jamaica, tornó á preguntar:

—¿Te acuerdas de aquella noche?...

El tío Frasquito contestó un ¡Sí! tímido y vergonzoso, cual si le recordase la pregunta algún crimen nefando.

Jacobo volvió á preguntar:

—¿Y te acuerdas de unos sellos de lacre, dos verdes y uno rojo que te regalé aquella noche?...

—Sí—replicó el tío Frasquito más animado.

—¿Que has hecho de ellos?...

—En mi álbum los tengo... ¿Quieres verlos?...

—Enséñamelos.

El tío Frasquito, libre ya de temores, volvióse vivamente y arrastró hacia Jacobo un precioso caballete, sobre el cual descansaba un gran infolio, una especie de libro de coro, cuyas lujosas capas eran una obra de arte, un mosáico acabadísimo, hecho sobre piel de zapa, con peregrinos dibujos y colores muy vivos, formando el todo un conjunto digno de competir con las más lujosas encuadernaciones antiguas que se admiran en la Biblioteca del Vaticano; cerraba el libro un gran broche de acero calado, representando las armas de los Aldamas, rematadas por la corona ducal del jefe de la casa.

—No hay otra colección igual, es la primera de Europa—decía el tío Frasquito abriendo el libro sobre el caballete con el ardor de un *amateur* que luce sus aficiones.

Y se puso á repasar el índice, porque estaba el libro dividido en varias partes: sellos reales, nacionales, particulares y miscelánea. El tío Frasquito buscaba en la miscelánea, y dió al fin con ellos, en la pág. 117. *Sellos masónicos. Marqués de Sabadell.* Porque tenía la atención el coleccionista, de apuntar siempre junto al donativo el nombre del donante.

Apareció al fin la pág. 117... y el tío Frasquito miró á Jacobo estupefacto, y Jacobo miró al tío Frasquito horriblemente pálido. Las numerosas casillas de la hoja aparecían cubiertas de sellos, excepto dos de ellas que estaban en blanco; en ambas decía arriba: *Masónico* y abajo: *Marqués de Sabadell.* Los sellos habían desaparecido, y notábanse

sobre la fina vitela las asperezas de la goma con que habían estado sujetos. Jacobo, con voz ahogada y gesto de medrosa ansia, dijo entonces:

—El otro... el rojo... ¿Donde está?...

Asustado el tío Frasquito al notar la emoción de Jacobo, no acertaba á decir palabra temiéndose algo gordo, y comenzó á buscar precipitadamente entre los sellos reales, murmurando aturdido:

—De Víctorr Manuel erra, me acuerrdo muy bien... Estarrá entre los soberanos de Italia; con un Duque de Parrma y un Ferrnando de Nápoles lo puse... Porrque la Italia una, no me pasa; vamos, que no me pasa...

Y apareció al fin después de mucho resolver la pág. 98, llena de sellos reales, y entre uno del último Duque de Parma reinante, y otro de Fernando de Nápoles, hallaron otra casilla en blanco. Arriba decía: *Rey de Cerdeña,* debajo: *Marqués de Sabadell.*

Dió entonces Jacobo una gran puñada en el brazo de la butaca, diciendo con voz sorda:

—¡Me has perdido!...

—¡Ay Jesús, Jacobito!... ¡Porr Dios, dímelo!... ¿Qué pasa?—exclamó el tío Frasquito muerto de susto.

—¡Me has perdido!... ¡Me has perdido!—repetía Jacobo.

Y bajo la impresión del temor y el aturdimiento, confió con su impremeditación ordinaria al necio viejo, si no la parte más culpable la más peligrosa al menos de la aventura de los masones. El tío Frasquito, muerto de miedo, creyendo ver brotar puñales masónicos á través de la mullida alfombra, comenzó á dar vueltas desatinado, tropezando por todas partes como corneja puesta de repente á la luz del sol.

—¡Ay, ay, ay, Santa Marría, qué berrengenal! Porr supuesto, Jacobito, que tú te acorrdarrás muy bien de que

yo no querría tomarr los sellos. ¿Te acuerrdas?... Tú me los diste y yo no los querría tomarr... Por complacerrte, porr darrte gusto los tomé y me arrrepiento; que yo no los necesitaba, ni quierro nada con esos señorres. ¿Te enterras?... Y conmigo no cuentes, porrque yo lo digo todo, todo, clarrito, clarrito, y me lavo las manos...

Detúvose de pronto y dióse una gran palmada en la frente, como quien ata de improviso un cabo importante. ¡Tú, tú, tú!... Aumentóse su terror, y fuele preciso sentarse.

—¡Ahorra lo entiendo todo!... Ahorra me lo explico y lo veo clarro... ¡Santa Marría, lo que me está pasando!...

—¿Qué?—dijo Jacobo con ansia.

La emoción de éste parecía haber pasado al tío Frasquito, y conociendo el pobre viejo su debilidad, decidióse á buscar apoyo en el más fuerte... Cogió por un brazo á Jacobo y llevólo sigilosamente á su alcoba, nido risueño, tapizado con seda de Persia celeste, cubierto el pavimento de pieles blancas, con una cama de palo de rosa muy baja, muy aérea, vago conjunto de encajes, holandas y sedas celestes, semejante á una crespa ola del mar, coronada de espumas blancas. Había allí un mueble precioso, también de palo de rosa, con cerraduras de plata, donde el tío Frasquito guardaba los papeles importantes; abrió un cajoncito y sacó un paquete de cartas.

¡Lo que le estaba pasando hacía más de tres meses!... Si aquello era para volver loco al más pintado: primero le incomodó, dióle después rabia, y al presente, ahora, en aquel momento le espantaba; ¡vamos, que le espantaba, que le ponía los pelos de punta!...

—Un día, me acuerrdo muy bien, el 9 de Diciembre, rrecibí por el corrreo una carrta de San Peterrsburrgo...

Y el tío Frasquito sacaba la primera del paquete, cuyo sello tenía, en efecto, la efigie del Czar Alejandro II.

—¿De San Peterrsburrgo?... La abrí extrañado, y me encontré con esto...

Y abría, á la vez que hablaba, la carta, poniendo ante los ojos atónitos de Jacobo un pliego en blanco, en cuyo centro se leía escrita esta sola palabra:

¡Mentecato!

Un gran flujo de risa brotó por encima de todos los terrores de Jacobo, y soltó el trapo á reir con todas sus fuerzas. Mas el tío Frasquito, muy desolado, prosiguió diciendo:

—¿Te rríes?... ¡Agûarrda, aguarrda!... Yo decía cavilando toda la noche: ¿Mentecato en San Peterrsburrgo? y me devanaba los sesos y se me espantaba el sueño sin acerrrtarr... Al otro día otra carrtita... ¿Perro de dónde crees?... ¡De Chinchón, Jacobo, de Chinchón!... La abro, y el mismo lema: ¡Mentecato! Al día siguiente, carrta de Fuente Ovejuna, provincia de Córrdoba, y lo mismo... En fin, hijo, desde entonces todos los días, sin faltar ninguno, una carrtita de letra diverrsa, de parrte distinta, las más rremotas en todas las parrtes del globo, de Francia, de Inglaterrra, de Alcorrcón, de Alemania, de Chinchilla, de Calcuta, ¡ya tú ves! de Calcuta, de Constantinopla, de Terrrones, Jacobito, de Terrrones, pueblecillo de tres casas en la provincia de Salamanca; y siempre con el mismo lema: ¡Mentecato!... Un día, el 20 de Enerro, San Sebastián marrtir, ¡me acuerrdo muy bien! estaba más tranquilo; llegó el corrreo y no trajo carrta ninguna... Porr la tarrde abro ahí—y abrió la mesilla de noche—y allí... dentro me encuentro una carrta; la abro... ¡Mentecato!... dime tú si eso no es para volverrse loco; si no encierrra un misterrrio terrrible, que tu carrtita del sello me va ahorra explicando...

Jacobo iba también comprendiendo, y desde luego pensó

que nadie que no fuera Diógenes, era capaz ni en Madrid ni en todo el mundo de dar una broma tan constante á aquel pobre majadero, para lo cual se necesitaba paciencia á toda prueba, relaciones muy extensas y medios de comunicación difíciles y complicados. Con verdadero asombro, preguntóle entonces:

—¿Pero de veras no te ha faltado ningún día?

—¡Ninguno!... Á veces, cuando la carrta venía de muy lejos, sobre todo, estaba dos ó tres días sin rrecibirrla; perro luego llegaban juntas... ¡Si te digo que ni un día me ha faltado! Mírrralas, cuéntalas—añadió con acento de desolación profunda, desparramándolas todas sobre la mesa—y verrrás como salen á carrta por día... desde el 9 de Diciembre hasta el 15 de Marzo, que somos hoy, van noventa y siete días, porrque Febrero trae veintiocho... Pues nada, ahí tienes noventa y nueve ¡Mentecatos!... Aquí está el de hoy...

Y sacó del bolsillo otra carta de Chiclana, provincia de Cádiz, en la cual se leía también la palabra sibilítica, el misterioso conjuro: ¡Mentecato!...

La situación de Jacobo no era para reir mucho, y apagóse bien pronto el arranque de hilaridad que le había producido aquella burla pacientísima que no podía ser de otro qué de Diógenes. Arrepintióse al mismo tiempo, al ver los medrosos aspavientos del tío Frasquito, de haberle confiado en parte su secreto, y resolvió asegurar su silencio, haciéndole creer que le alcanzaba á él tembién la inminencia del peligro. Detenidamente examinó las cartas, conteniendo á pesar de los pesares, nuevos accesos de risa, y dijo al cabo con aire de convicción profunda:

—¡Evidente que esto viene de los masones!... Á mí me sentencian por lo que hice, y á ti te avisan que eres un mentecato por haberme encubierto...

—¡Perro si eso no es verdad!—gritó el tió Frasquito muy apurado.—Si yo no te he encubierto, si tomé los sellos porrque tú me los diste...

—Lo cual quiere decir—prosiguió Jacobo sin hacerle caso—que si á mí me *apiolan* al volver de una esquina, á ti te dan una paliza en cuanto te cojan á mano.

Pegósele al tío Frasquito la lengua al paladar, y exclamó medio llorando:

—¡Darré parrte al Goberrnadorr de Madrid!... ¡Le hablarré á Paco Serrrano!...

—Lo cual sería meterte tú mismo en la boca del lobo, porque lobos de la misma camada son uno y otro... Mira, tío Frasquito, aquí no hay más que una salida... En primer lugar, echarse un nudo en la lengua, y que ni tu sombra trasluzca lo que pasa...

—Lo que es eso corrre de mi cuenta.

—¡Bueno!... En segundo lugar, tener dispuesta la bolsa; porque, amigo mío, con *mosca* á la mano se va lejos, y entre masones y no masones, por dinero baila el perro.

El tío Frasquito hizo el gesto de resignación del paciente á quien sentencian á sacarse una muela, y Jacobo continuó:

—En tercer lugar irse con pie de plomo, siguiendo la pista... Así es que vamos á cuentas... ¿Quién sospechas tú que haya podido robar esos sellos?...

El tío Frasquito comenzó á hacer sobrehumanos esfuerzos para coordinar sus recuerdos... Seguro, segurísimo estaba de que quince días antes estaban allí los tres sellos; habíale enseñado despacio todo el álbum á otro *amateur*, el Barón de Buenos Aires, y no notó hueco alguno... Á los pocos días vino un individuo desconocido recomendado por su camisero, que quería venderle con mucho empeño tres ejemplares curiosos: entonces hojeó otra vez el álbum... Después no le había tocado.

—¿Quién era ese individuo?...

—Pues no sé... Un pobre diablo con carra de hambre, cualquierr cosa...

—¡Ahí está el hilo del ovillo!—exclamó con grande interés Jacobo.—¿Le dejaste solo? ¿Tocó el álbum?...

—No... no... ¡Ay, sí, sí, Jacobito!... Ahorra me acuerdo que sí, que vino Vicentito Astorrga y le rrecibí en el salón porrque no vierra semejante estaferrmo, y estuvo solo más de diez minutos... lo menos, lo menos...

—¡Aquí tenemos ya la púa del trompo!... Vamos ahora mismo á casa del camisero.

Á la puerta esperaba enganchada la berlina del tío Frasquito, y en ella subieron ambos, dirigiéndose á casa del camisero, honrado comerciante de la calle de Carretas... Tampoco conocía éste al incógnito: sabía tan solo que era un comisionista italiano, amigo de otro francés que tenía negocios con la casa en el ramo de perfumería... Al oir la nacionalidad del desconocido, llegó á su colmo la inquietud de Jacobo, porque parecióle ya evidente que se entendían en aquel asunto las logias de Italia y de España. Indicó, pues, al tío Frasquito, que no era necesario averiguar más, y regresaron preocupados y silenciosos á casa de éste. Despertóse por el camino la fogosa actividad de Jacobo á la vista del peligro, y en aquel breve trayecto trazó un plan atrevido, único á su juicio que podía remediar los yerros pasados y detener las consecuencias de su imprudente apatía. Aquella misma noche, sin despedirse de nadie, sin dar á persona alguna razón de su marcha, ni dejar sospechar siquiera el fin de su viaje, saldría para Italia, avistaríase en Caprera con Garibaldi, que le había iniciado en otro tiempo en las logias de Milán, y ante él trataría de justificar el secuestro de aquellos documentos, inventando un embuste, una historia, un enredo cualquiera, que viniese á sacarle de

una vez de aquella situación falsa y angustiosa. Dinero tenía de sobra con los cinco mil duros ganados la noche antes, y la mina del tío Frasquito podía también muy fácilmente explotarse. Manifestó, pues, al atribulado viejo al llegar á casa de éste parte de su plan, y concluyó diciendo que puesto que el riesgo era de ambos, justo era también que ambos pagasen los gastos, y que era necesario le aprontase en aquel momento dos mil duros en billetes de Banco; el viaje duraría dos semanas, y á su vuelta ajustarían cuentas, partiendo como hermanos los gastos que la empresa ocasionara.

Alborotóse el tío Frasquito juzgando que le salían los tres sellos harto caros, y vencido al fin por las razones, vaticinios y amenazas de Jacobo, aprontó el dinero que le estafaban, y despidió al compadre haciendo pucheros. Acrecentáronse sus temores al verse solo, sintióse malo, y se metió en la cama, dando orden rigorosa de no recibir á nadie. Á la mañana siguiente trajéronle el correo; venía una carta de Segura, pueblecillo célebre por sus quesos, escondido en el rincón más áspero de las montañas de Guipúzcoa; en ella decía: ¡Mentecato!

Subióle dos grados la fiebre, y mandó llamar al cura de la parroquia: se quería confesar.

FIN DEL LIBRO TERCERO